

TOMAS DE CERVANTES

38


VI

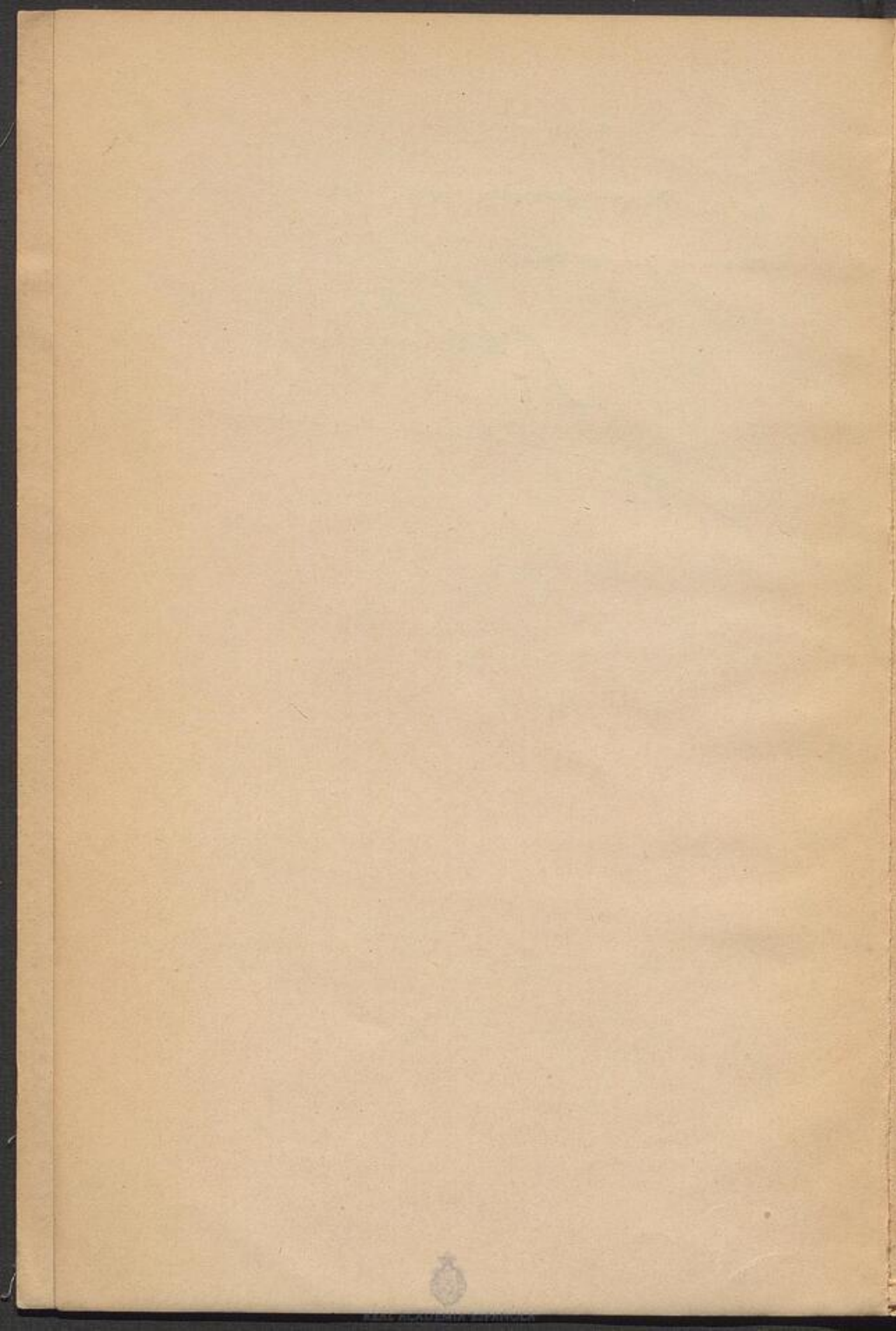
34

38 - 6 - 34

A. D. M. Tamayo y Baiz,
En memoria de mi mayor
angustia.

Julio Calcaín.



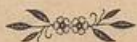




HOJAS DE CIPRÉS

POR




JULIO CALCAÑO

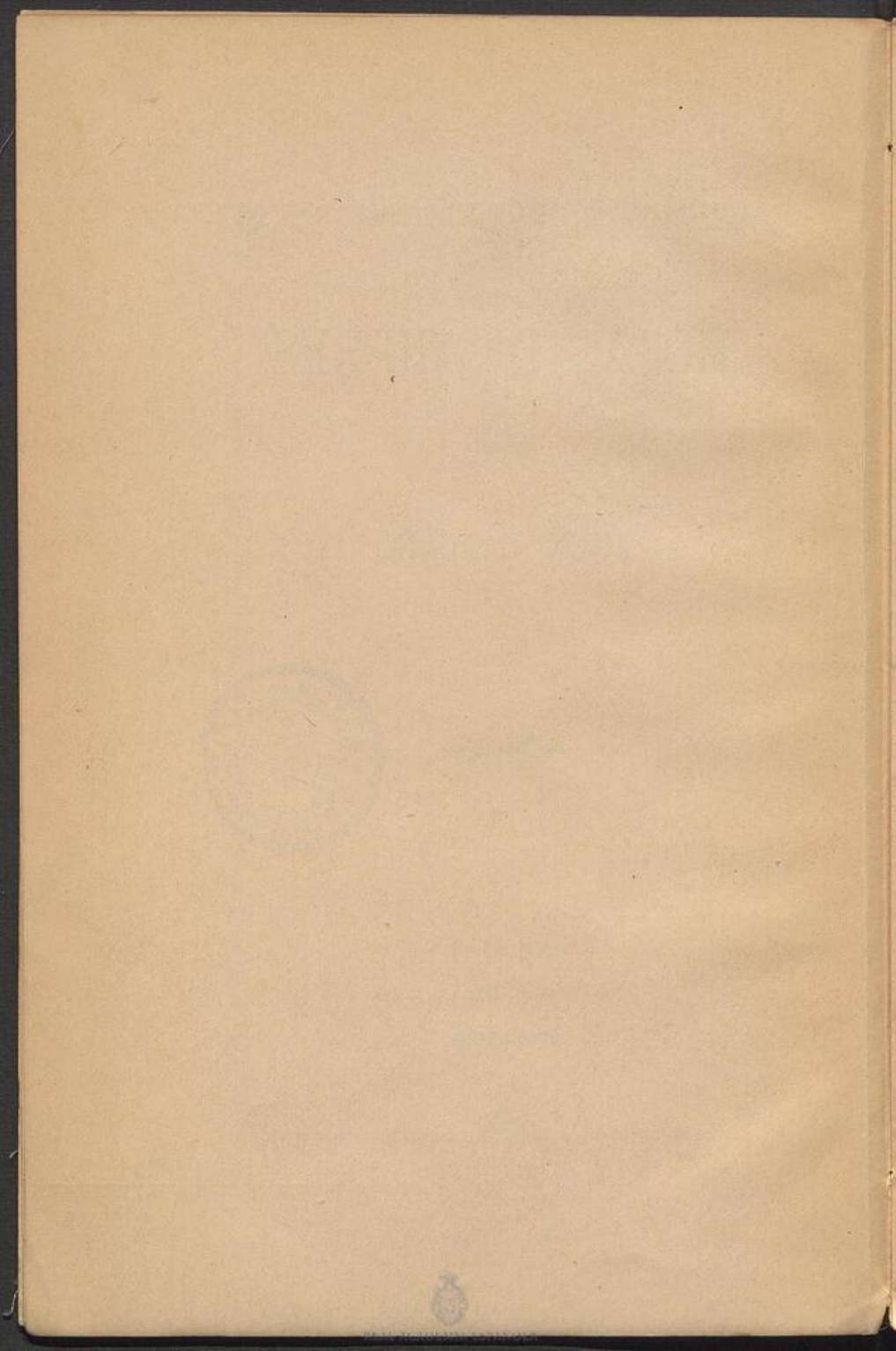


CARACAS

TIPOGRAFIA DE EL COJO

MDCCLXXXIX





A LA MEMORIA DE MI HIJO

Miguel José Calcaño Herrera

MUERTO EL 26 DE JUNIO DE 1888









LINEAS A MI HIJO

EN EL CIELO



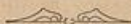
Alma llena de precoz abnegación y de santa pureza, tú, más feliz que todos nosotros, vives ya en el seno de la infinita bienaventuranza. Llorando estoy aún, y te lloraré toda la vida, no porque hayas remontado el vuelo á las claridades eternas, libre del dolor y de las miserias de la tierra; lloro sólo por mí; lloro por mi soledad y por mi aislamiento.



La belleza concebida por Platón; la armonía con que soñaba Pitágoras; la poesía que eleva el sentimiento de todas las almas, he ahí lo que es la muerte, pórtico de lo infinito, consuelo de los tristes y ala de los seres inmortales. Yo sé que tu espíritu luminoso viene á mí, penetra




en mi sér é inspira á mi alma acentos de consolación y de fe; y sé que en día prometido á los mortales hemos de volver á vernos, ya transfigurados y triunfantes; pero, hijo del alma mía, tan distante se halla en los siglos el momento del perdón y de la eternidad, que mi espíritu se acongoja como el de aquel que hubiese perdido toda esperanza, y mis ojos se llenan de lágrimas.

Tú eres como el que está vivo; yo, como el que está muerto; tal que bien pudiera decirte como San Pablo al Salvador: «Vivo, mas ya no soy yo el que vive; eres tú el que vive en mí.»

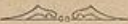






LA FLOR DEL CANTO




¿ A quién la Providencia
No le ha dado consuelo en la existencia?
Le dió el ala del viento
Al bajel en el líquido elemento;
Dióle á la mariposa
El seno de la rosa;
Y á mí, la flor del canto,
Que el cáliz abre á recoger mi llanto.

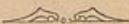






MUERTO




¿ Muerto, hijo mío ? ¿ Tú, que eras mi encanto ?
¿ Muertas mis alegrías ?...
Funesta realidad ! Brota mi llanto,
Vacila mi razón, tiembla mi pecho
Al ver caer las esperanzas mías...
Ay ! si pudieras, de tu frío lecho,
Por consolar mi alma, te alzarías !





NADA!



Tus vestidos aun tienen
La forma de tu cuerpo;
Aun conservan tus libros
Señal de tus desvelos,
Y está en ellos tu nombre
Que entre lágrimas leo;
Aun vibra en mis oídos
Tu dulce voz, y siento
El ruido de tus pasos,
El calor de tus besos;
Aun en el lienzo triste
Tu bella imagen veo,
Tu imagen, que grabada
Vive en mi pensamiento...
Y del postrer asilo
En el profundo seno,
Ay! sólo ya me queda
El polvo de tus huesos!...





INMORTALIDAD



Ni el clavel ni la rosa,
Que esmaltan la pradera,
Habrán de ornar tu solitaria fosa ;
Que la aromada flor, la flor brillante,
Cual la humana ventura pasajera,
Nace, y en breve instante,
Como arista liviana
Rueda al soplo fugaz de la mañana ;
Mas alzará su pompa y lozanía
La verde copa del ciprés doliente,
Perpetuo emblema de infinito anhelo,
Que esparciendo mortal melancolía
Sube y sube, y nos dice dulcemente :
«La patria de las almas es el cielo !»




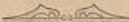




IMAGEN PERPETUA




Ya de su vida se apagó la llama:
Marchita está la flor y seco el cauce,
Y rocío de lágrimas derrama
Sobre su tumba el sauce.

Mas aunque polvo su hermosura sea,
Do quier veré su sombra luctüosa,
Y el espectro del árbol que sombrea
La solitaria fosa.



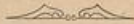


PURIFICACION



Las lágrimas que corren de mis ojos
Los queman como llama;
¡Cuál será del dolor el vivo fuego
Que el corazón abrasa!

Como se funde al fin el duro bronce
En el crisol ardiente,
Así se funde el corazón en llanto,
Y puro resplandece!







LA TUMBA DE MIGUEL

Cuando su frágil vaso
Quebranta el alma, y vuela,
La tumba en su hondo seno
El leve polvo encierra.

Hay tumbas que de espanto
Y horror al hombre llenan;
Y tumbas coronadas
De nardos y azucenas.

Sobre este blanco mármol,
De castidad emblema,
Reclínanse las flores
Y los ángeles ruegan.



ALMA HERMOSA





Si hermoso era mi hijo, más hermosa
El alma que le dió la Providencia:
Cual de celeste ángel, generosa;
Encarnación feliz de la inocencia.

Yo la miraba en sus rasgados ojos
Y en sus ardientes besos la sentía;
Que á su mirada y en sus labios rojos
Mi moribundo pecho revivía.

Oh inocencia, inocencia! el soplo leve
De tu divino sér refresca el alma,
Como el sutil ambiente de la nieve,
Como la sombra de extendida palma.

¿Qué eres tú de la vida en los eriales?
Flor que entreabre su fragante broche;



Incienso que se exhala en espirales,
Cándido albor del astro de la noche!



Por eso Dios en el empíreo asoma
Su excelsa faz entre radiosas nubes,
Y tú, cual humo de quemado aroma,
Tú, te remontas y al empíreo subes!

Subes, sí, subes... y en oscuras nieblas
Me dejas ¡ay! sin esperanza hundido...
¡Qué noche de pesar y de tinieblas
Dejan al corazón los que se han ido!


Mas si efímera dicha sólo encierra
La triste vida, en el dolor fecunda,
Y cruzas, como estrella, por la tierra
Para hacer nuestra noche más profunda;

Hallo en mi soledad y mi agonía
De tus santos aromas el consuelo;
Y habré de hallarte para siempre un día
En otra patria venturosa... el cielo!







VISION




Nada al placer incita ya mi pecho,
Donde el latido del dolor retumba;
Si vive así mi corazón deshecho,
Vive sobre una tumba.

Movida acaso de mi angustia fiera
Viene á mi una visión, triste hermosura,
Destrenzada la negra cabellera,
Suelta la vestidura.

Y me dice, besándome en la frente:
«Oh poeta ! tu alma es sólo mía;
«Es mío ya tu corazón doliente:
»Soy la melancolía !»





EN EL CEMENTERIO



Está la noche silenciosa y triste
Cual las calladas tumbas. Aun el viento,
Refugiado en el cáliz de las flores,
Dormido yace en perezoso sueño.

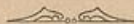
Remisa asoma la desierta luna
Sobre las cumbres de lejanos cerros,
Cual si temiese perturbar del mundo
El marmóreo reposo y el silencio.

Sólo en lúgubre insomnio inacabable,
En la honda soledad del cementerio,



Palpita mi dolor, arrodillado
Junto al sepulcro en que mi vida tengo.

Mas paréceme que alzan la cabeza
Vagos fantasmas del oscuro seno,
Y me ven con asombro, y me preguntan:
¿Aun sollozas, poeta? Y qué ¿no has muerto?





Á ISABEL HERRERA DE CALCAÑO



Formados en tu seno venturoso,
Criados á tu pecho,
Buenos son, Isabel, todos mis hijos,
Y bien lo sabe el cielo!

Pero el ángel que mustio y solitario
Duerme en el cementerio,
El que nos llena el corazón de luto,
Hoy es mi predilecto.

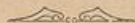
El tuvo de tu faz la frente hermosa,
Los grandes ojos bellos;
El tuvo tu virtud y el noble impulso
Que le infundió tu seno.



¡Con cuánto amor solícito, infelices!
¡Con cuánto viyo anhelo
Le miramos crecer llenos de orgullo
Y de esperanza llenos!

Hoy nuestro dulce ángel, solitario
Duerme en el cementerio,
Y el desolado hogar, antes dichoso,
Es lóbrego desierto.

Mas no llores, que habrás de hallar un día
A tu ángel en el cielo!
Tú, que á orar le enseñaste, ven conmigo;
Ven conmigo y oremos!







AVE MARIA



Escucha, Madre mía, mi plegaria:
Triste llora mi alma y sin aliento,
Cual lloraba tu alma solitaria
En la cumbre del Gólgota sangriento.

Cuando en la santa cruz los ojos fijos,
Cifraba en el Señor la venturanza,
Morir primero que mis pobres hijos
Fue mi ruego, María, y mi esperanza.

Oh ruego inútil! Oh esperanza muerta!
Mi duelo á mi Señor no ha lastimado;





¿Por qué en mi vida, de pesar cubierta,
Su tremendo rigor ha descargado?

Ay! cuando Dios fulmina ¿á quién escucha?
No valió la virtud, no la inocencia;
Ni mi lucha valió, mi eterna lucha
Por acudir sin mancha á su presencia!

Acaso Dios en sus designios quiso
Purificarme con dolor ardiente,
Y que cual siervo suyo, á El sumiso,
Vuelva de hinojos, á humillar mi frente.

Mas, cómo rompe el pecho y enloquece
La pérdida de un hijo! Tú, María,
Hoy que infeliz mi alma desfallece,
Ve con misericordia mi agonía!

Hora, gimiendo, en lágrimas deshecho,
Arrastro mi existencia infortunada...
¡Cuán honda herida la que abrió en mi pecho
De tan fiero dolor la aguda espada!





Como tú, dolorida y macilenta
Del santo leño al pie, llorosa y muda
Yace mi compañera en ansia cruenta,
Y aun de su pena en su desdicha duda.

Tú sabes cuánto el corazón materno
Sufre, al morir el hijo á quien adora,
Pues con tu mismo torcedor interno,
Con tu mismo dolor la triste llora.

Y lloramos los dos y confundimos
Nuestras amargas lágrimas sin calma;
Entrambos, sin morir, Madre, morimos;
Y sin morir llevamos muerta el alma.

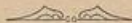
Que el hijo de mi amor, el pobre hijo
Que hoy duerme en solitaria sepultura,
Fue de nuestra esperanza regocijo,
Trasunto de virtud y de hermosura.

Cuál te adoraba él! ¡Cómo tendía
A tí sus manecitas de azucena,



Y en su santo fervor; salve, María!
Murmuraba de amor el alma llena!

Ya que mi fe para adorarte vive,
Y tuyo fue su aliento fervoroso,
Abre tus dulces brazos, y recibe
En tu seno su espíritu glorioso.





A DIOS





EN MEMORIA DE MI HIJO MIGUEL



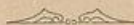
Víctima ya de aciago mal sañudo
El hijo de mi amor yace en el lecho,
Mustia la faz, inanimado el pecho,
A mi reclamo para siempre mudo!

En vano humilde á tu poder acudo,
Te invoca en vano el corazón deshecho;
Ruego y lloro por él... Señor! ¿qué techo
Vió tal desolación, golpe tan rudo?



Piedad, piedad!... y no te conmovía
Mi congoja mortal!... Deja te alabe,
Y apiádate, Señor, de mi agonía!

De tu misericordia ¿quién no sabe?
¿Y qué mancha hallarás á el alma mía
Que el raudal de mis lágrimas no lave?





.....?



Pasó la hora importuna,
La del ardor de la siesta;
Y cielos y tierra á una,
Parecen estar de fiesta.

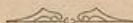
El sol traspone la loma,
Y se oyen en el bosqueje
Aleteos de paloma
Y murmullos del follaje.



La alondra alegre reclama
Y se rebulle en el nido:



Corre el agua entre la grama;
Todo el bosque es grato ruido.

¿Por qué tan fieros dolores
El alma mía quebrantan,
Cuando despiertan las flores,
Cuando los pájaros cantan?







EL DOS DE NOVIEMBRE



Cuando en tan fúnebre día
Plañen lúgubres los bronce,
Y á orar y llorar nos llaman
Con melancólico doble;

Cuando, cual mansa paloma
Que abriga á su infante prole,
Abre sus puertas el templo
Y al débil mortal acoge;

Cuando parece que todo,
Cielo y llano y mar y bosque,



Como nosotros padecen
Y lloran nuestros dolores;

Cuando el dichoso y el triste,
Y los ricos y los pobres,
Visitan al par las tumbas
Y las coronan de flores;

Mi corazón solitario
En el dolor se recoge,
Y en un mar de llanto ahoga
Sus piadosas oraciones;

Que en el seno del sepulcro,
Donde reina eterna noche,
Hasta del polvo sagrado
Naturaleza dispone;

Que aun las piedras gasta el tiempo
Y borra las inscripciones,
Tan vanas como la vida,
Tan frágiles como el hombre.

Padres, hijo, hermanos... todos
Los que la tumba me esconde,
Reciben más noble culto
Que en el mármol y en el bronce.

Sí, que el fondo de mi pecho
Es libro fúnebre donde,
Cual sobre lápida triste,
Grabados están sus nombres.

